

Resumen de mis principales tesis en *¡Vivan los animales!*

Jesús Mosterín

PERSPECTIVA GLOBAL

El título de mi libro —*¡Vivan los animales!*— tiene un doble sentido: de celebración, por un lado, y de denuncia y reivindicación, por el otro. Incorpora a la vez el punto de vista científico, objetivo, teórico, y el punto de vista moral y práctico. La caricatura del investigador siniestro, frío y sin escrúpulos, entregado a la ciencia sin conciencia, todo él cabeza sin corazón, resulta a la larga tan insatisfactoria como la caricatura del activista empapado de buenos sentimientos, pero ignorante y falto de comprensión, todo él corazón sin cabeza. Lo que necesitamos es un enfoque global que nos permita abordar los temas de nuestra relación con el resto de los seres vivos de un modo coherente y armonioso. Nuestra cultura está demasiado dividida en compartimentos estancos. Por un lado, las ciencias; por otro, las humanidades. Por un lado, el conocimiento científico; por otro, la preocupación moral. Por un lado, la ciencia de laboratorio; por otro, la historia natural. Por un lado, el interés ecologista; por otro, la compasión por las criaturas. Incluso los expertos y activistas de los diversos campos se ignoran entre sí o se miran con desconfianza. Así la visión global se resquebraja y se rompe en mil pedazos inconexos. En el libro he tratado de ayudar a recomponer parte de ese espejo roto. Lo que necesitamos es una visión global y coherente, teórica y práctica, que nos ayude a vivir con lucidez y a tomar decisiones con responsabilidad. Por eso he tejido el tapiz del libro con hilos usualmente separados.

CELEBRACIÓN DE LA VIDA

Todos los seres vivos somos milagros improbables y maravillosos. Parece mentira que existamos. No sabemos si hay vida fuera de la Tierra. Ni siquiera tenemos una noción clara de vida en general. Quizás todos los seres vivos del universo compartan nuestras características más generales, como el metabolismo, el desequilibrio termodinámico, la reproducción, la herencia, la complejidad y la evolución por selección natural. Nosotros, los seres vivos terrestres, compartimos muchas más cosas: una química basada en el carbono

como elemento estructural y en el agua como disolvente, unos componentes básicos en forma de polímeros (proteínas formadas de veinte tipos de aminoácidos específicos, ácidos nucleicos formados de cuatro o cinco tipos de nucleótidos específicos, y polisacáridos) encerrados en células con membrana, una herencia codificada genéticamente en el ADN, un almacenamiento de la energía disponible en forma de ATP, etc. Si hay vida en otros lugares, casi seguro que no compartirá todas estas características, en gran parte contingentes y heredadas de un ancestro común. Los animales somos cooperativas de células, al igual que las plantas y los hongos, pero en nosotros la diferenciación y coordinación celular alcanza una extraordinaria complejidad y una acusada integración e individualidad, mantenida por sistemas específicos como el sistema nervioso y el inmunitario. (Esto no vale de las esponjas, que sólo son animales a medias, *Parazoa*.) En cualquier caso, los animales somos sistemas maravillosos. Describirlos es celebrarlos.

EL ALMA DEL ANIMAL

Los músculos y las neuronas son inventos fundacionales del linaje de los animales. Las neuronas se organizan en sistemas nerviosos, que a su vez generan las funciones anímicas que caracterizan a los animales. En efecto — y como ya indica la etimología— los animales son los que tienen ánima o alma. No hay dos craniados que tengan el sistema nervioso idéntico al nacer. Además, durante el resto de la vida del animal, el cerebro conserva cierta plasticidad, y sus experiencias influyen en su conformación. Por ejemplo, cada vez que los animales aprendemos algo, nuestro cerebro cambia. Estas diferencias son la base de la personalidad. Cada animal individual de sistema nervioso complejo tiene su propia personalidad única e irrepetible. Cuando convivimos suficiente tiempo con un animal superior, acabamos conociendo su personalidad, sus habilidades y flaquezas, sus querencias y aversiones, su temperamento y sus intereses, las cicatrices que la experiencia de la vida ha ido dejando en su carácter. El alma de cada animal es una combinación inédita de neuronas, un punto de vista único sobre la realidad, una lámpara que brilla con luz propia y distinta en la árida oscuridad del universo mineral. Los animales procesan la información que reciben del entorno en su sistema neurosensorial de un modo parcialmente subjetivo y consciente. A través de ese procesamiento se apropian subjetivamente del mundo objetivo y construyen un mundo propio. Sólo ellos (entre todas las entidades del universo que conocemos) tienen subjetividad, sólo ellos tienen un mundo propio, hecho de percepciones, experiencias y vivencias. Sólo ellos se enteran de lo que pasa en su entorno y reaccionan emocionalmente; sólo ellos sienten miedo y esperanza, curiosidad y cansancio, se toleran y se aman, se ayudan, se atacan y se comunican entre sí. Nosotros, como animales que

comunican entre sí. Nosotros, como animales que somos, podemos de alguna manera entender empáticamente a los otros animales, podemos (hasta cierto punto) ponernos en su lugar. El resto del universo es des-almado y empáticamente opaco para nosotros. Podemos describirlo mediante ecuaciones, pero no podemos ponernos en su lugar.

Los animales no se limitan a percibir el mundo, a observarlo y representarlo. Una vez elaborada y procesada en su cerebro la información que reciben del exterior, los animales actúan. Los animales son agentes. Tienen conducta, se comportan. No son meros sujetos pasivos a los que les pasan cosas, juguetes inertes de las circunstancias. También a las estrellas y a las montañas, a las setas y a las hierbas les pasan cosas. Pero sólo los animales son sujetos activos, sólo ellos toman decisiones en su cerebro, transmiten órdenes a través de las neuronas motoras hasta sus efectores, contraen sus músculos, disparan sus glándulas voluntarias, se mueven, atacan, huyen, excavan el suelo, vuelan, nadan, cantan, construyen nidos, transforman el mundo en su beneficio. A todos los seres les pasan cosas, pero sólo los animales actúan.

EL SENTIDO DEL DOLOR Y DE LA MUERTE

Los animales que en el curso de la evolución se adaptaron a los cambios rápidos del entorno mediante el desarrollo de una mayor plasticidad cerebral ya no tenían su conducta unívocamente determinada por sus genes. Esa recién conquistada libertad biológica podía resultarles letal, por lo que era ventajoso moderarla con un mecanismo de orientación, que orientase al animal hacia lo que le conviene para sobrevivir y reproducirse, aunque esa orientación no fuera forzosa. Se trata del mecanismo del placer y el dolor. Sólo los animales provistos de cerebro, y por tanto de libertad y de capacidad de decisión, sienten placer y dolor, pues sólo ellos necesitan orientación. El sufrimiento surgió en el curso de la evolución biológica como un sistema de señales de alarma, que advierten al organismo de los daños potenciales que le amenazan. El sufrimiento abarca un amplio repertorio de estados subjetivos desagradables que han sido retenidos por la selección natural como medios para evitar el peligro y para corregir déficits fisiológicos. La capacidad de sufrir es ventajosa para la supervivencia y la eficacia biológica. Sin embargo ese sistema cibernético natural de alarma puede fallar y producir efectos lamentables. En particular, el dolor innecesario producido por una interferencia artificial de un agente humano constituye un mal moral.

Si el dolor es un subproducto de la libertad, la muerte es un subproducto de la sexualidad. Sólo los organismos que se reproducen sexualmente están preprogramados para morir, una vez que han tenido ya suficiente oportunidad de barajar sus genes. La muerte natural es un fenómeno físico

moralmente neutral, pero la muerte innecesaria producida por una interferencia artificial de un agente humano puede ser un mal moral.

AUTOCONCIENCIA

No estamos solos en el universo. Somos animales entre animales, compañeros de viaje sobre la nave Tierra. Estudiar a los animales es estudiarnos a nosotros mismos. No somos hijos de los dioses, sino primos de los chimpancés. El conocimiento de los animales es la base de nuestro autoconocimiento. La asunción de nuestra animalidad es la base de una relación armoniosa y responsable con el resto de la biosfera, tema central de la cultura emergente y piedra de toque de la nueva moral. En efecto, y dejando de lado mitos y metáforas, los seres humanos no somos ángeles ni computadores, sino animales. Todo lo que decimos acerca de los animales vale también para nosotros. Por eso nuestra celebración de los animales es una autocelebración. Y nuestra conciencia animalista es un componente esencial de nuestra propia autoconciencia. Una reflexión filosófica a la altura de nuestro tiempo sobre lo que nosotros somos y el puesto que ocupamos en el universo ya no puede basarse en el mito y el autoengaño (por muy consolador que pueda ser para algunos), sino en la verdad. Y la verdad es que somos animales.

CONTRA EL ESPECIEÍSMO

La reflexión y la conciencia moral han ido variando con el tiempo. Hasta el siglo XVIII la esclavitud, por ejemplo, parecía bien a todo el mundo, y ahora ya nadie la acepta. Las discusiones sobre el tema se hicieron virulentas en el siglo XIX y en Estados Unidos incluso condujeron a la guerra civil. La frontera de la moral discurre por aquel terreno de discusión moral sobre el que ya no reina el silencio, pero sobre el que todavía no hay consenso alguno, sino enormes discrepancias en las opiniones y emociones. Esa frontera fue pasando de la cuestión de la esclavitud a otras, como el racismo o la emancipación de las mujeres, sobre las que también acabaron formándose consensos. Hoy en día la frontera de la moral pasa por nuestras relaciones con los animales y con el resto de la naturaleza. Un número creciente — aunque en España todavía minoritario — de personas siente indignación moral por el inmenso sufrimiento innecesario infligido a los animales, y reivindica una convivencia armoniosa entre todos los habitantes de este pequeño planeta. Es característico de la mafia y de los grupos racistas el mostrar compasión y solidaridad dentro de su propio grupo, a la vez que actúan sin escrúpulo moral alguno respecto a los demás. Algo parecido

ocurre con las morales estrechamente ‘humanistas’, que combinan la exigencia del máximo respeto hacia nuestros congéneres con el más absoluto desprecio por los intereses de los demás seres vivos, con lo que caen en el especieísmo más craso. Los animales no humanos han sido y siguen siendo maltratados hasta extremos inverosímiles de crueldad, en nombre de ese especieísmo mafioso y supersticioso, basado en la ignorancia científica y la irresponsabilidad moral.

CONSIDERACIÓN MORAL DE LOS ANIMALES

Una ética a la altura de nuestro tiempo no puede olvidar nuestra responsabilidad para con el resto de la biosfera, y en especial para con nuestros compañeros de penas y gozos sobre este planeta, los animales, sobre todo los más próximos a nosotros y con una vida psíquica más rica, como los mamíferos. Una ética esclarecida tiene que considerar moralmente a los animales. Si nuestra racionalidad nos induce a tratar de maximizar la consecución de nuestros fines y la satisfacción de nuestros intereses, la moralidad nos invita a someter dicha maximización a la restricción de no agredir, dañar ni hacer sufrir a los otros seres (al menos, como norma general o ideal). Algo es (para nosotros) digno de consideración moral si en nuestras deliberaciones tenemos en cuenta cómo le afectan nuestras acciones, si lo contamos entre los seres a los que tratamos de no dañar, si su respeto es una restricción al tipo de conducta que aprobamos. Una moral consecuente considera a todos los seres portadores de intereses y capaces de sufrimiento como dignos de consideración moral. Dicho de otra manera, algo es (para nosotros) digno de consideración moral si entra también por sí mismo como factor de la evaluación moral, independientemente de su utilidad como medio para otro fin nuestro. Los humanos tenemos intereses que pueden ser promovidos o perjudicados, pero también los tienen sin duda los animales. La reflexión moral contemporánea ha puesto de manifiesto que no hay argumentos para postular el respeto moral a todos los humanos (incluidos los bebés y diversos tipos de disminuidos y enfermos mentales) que no se apliquen también a amplios grupos de animales.

DERECHOS DE LOS ANIMALES

Los derechos no existen de un modo natural, sino que se crean de un modo convencional, mediante la legislación. Las declaraciones universales de los derechos de los animales en general o de los derechos humanos en particular son declaraciones de buenas intenciones, en las que se propugna la

promulgación de leyes que impongan ciertas obligaciones y prohibiciones. En efecto, que algo o alguien tenga derechos significa que los demás tengan obligaciones respecto a él. Por eso se pueden tener derechos sin tener obligaciones. Por ejemplo, el legislador puede conferir derechos a los bebés o a los perros, sin por ello imponerles obligaciones a ellos, sino sólo a los demás (en este caso, a los padres o a los dueños).

No tendría sentido reclamar la libertad de prensa para los peces (que no escriben), ni la libertad de estirar las alas para los mamíferos (que no tenemos alas), ni la libertad de abortar para los hombres (que no se quedan preñados). Lo que sí tiene sentido es universalizar las diversas máximas morales y las diversas reclamaciones de derechos hasta su lógica conclusión, es decir, hasta alcanzar a todas las criaturas para las que son relevantes. Todos los animales capaces de sufrir (es decir, al menos, todos los craniados o vertebrados) deberían tener el derecho a no ser torturados, es decir, a que no se los haga sufrir innecesariamente por una interferencia nuestra. El derecho animal (y, por tanto, también humano) más fundamental es el derecho a no ser torturado. Incluso la declaración universal de los derechos humanos de las Naciones Unidas considera como relativos y sometidos a excepciones todos los otros derechos humanos (como, por ejemplo, el derecho a la vida) y sólo proclama como absoluto y no sometido a excepciones el derecho a no ser torturado.

DENUNCIA DE ALGUNAS TORTURAS CONCRETAS

Hay que acabar con las formas de tortura más extendidas, como, por ejemplo, los experimentos atrozmente dolorosos con animales. Si se realizan con fines cosméticos, o por mero entrenamiento o como prácticas, o de un modo burocrático y repetitivo, deben ser prohibidos. Como el progreso de la ciencia es una finalidad valiosa y deseable, algunos experimentos con animales son todavía imprescindibles, pero hay que avanzar hacia su progresiva desaparición, sustituyéndolos por técnicas alternativas. En cualquier caso, habría que ir excluyendo a categorías cada vez más amplias de animales de tales experimentos, empezando por nuestros parientes más próximos, los primates.

La ganadería basada en la estabulación industrial abusiva, que degrada a los animales a la condición de meras máquinas de convertir grano en carne y los condena a una vida infernal, ha de ser suprimida. Las vacas y cerdos deben tener derecho a moverse, a salir al aire libre y pasear, a no ser separados de sus crías, etc. Las gallinas deben poder moverse, estirar las alas, arañar y picotear la tierra, ver la luz del sol, tener su pico intacto, etc. Las baterías de gallinas ponedoras hacinadas representan un infierno intolerable,

mientras que los corrales tradicionales donde corretean las gallinas son moralmente tolerables.

Los espectáculos de la crueldad con osos, perros, gallos y toros, basados en la tortura pública de animales inocentes, no tienen justificación moral alguna, y deben ser suprimidos. En concreto en España (y en México, Colombia y Perú) hay que prohibir las corridas de toros, transformando de paso las dehesas ganaderas en parques naturales. Las corridas de toros representan el aspecto más cutre y cruel de la tradición cultural española. Como mínimo, deberían dejar de ser constantemente subvencionadas y promocionadas con dinero público.

La caza carece de sentido desde la revolución del Neolítico. La caza deportiva consiste en matar animales salvajes por ‘deporte’, por diversión, por el gusto de matar. No se trata de matar para defenderse, para aprender, ni siquiera para comer. Se trata simplemente del placer de matar a una criatura salvaje sin necesidad alguna, por el mero placer de la matanza. Los cazadores empobrecen la naturaleza, contaminan los campos, molestan y ponen en peligro a los excursionistas y a los no-cazadores en general. El animal silvestre no debe su pervivencia al agente humano; es autosuficiente, libre, autónomo. Es un ciudadano independiente de la república de la naturaleza, que nada debe al humano y nada le solicita. Matar gratuitamente a un animal salvaje, es decir, cazarlo, es una inmoralidad sin justificación posible, una completa falta de respeto y consideración al animal matado, a su vida y sus intereses.

¿CÁNCER DE LA BIOSFERA O CONCIENCIA DE LA BIOSFERA?

Un cáncer es un grupo de células en explosión demográfica incontrolada. El cáncer crece desordenadamente y pronto ocupa el lugar de otros tejidos, a los que acaba matando. Cuando finalmente varios tejidos han sido dañados, el organismo entero muere, y con ello el propio cáncer. La extraordinaria y desordenada explosión demográfica de la humanidad en el último siglo ha conducido a la destrucción de múltiples ecosistemas y a la extinción de muchas especies. La humanidad misma puede ser diagnosticada como el cáncer de la biosfera. En realidad, la biosfera misma no está en peligro de muerte. Las bacterias, por ejemplo, seguro que sobrevivirán a cualquier crisis ecológica imaginable e incluso a cualquier guerra nuclear que pudiéramos provocar. Los que estamos en peligro somos nosotros mismos y las especies que más apreciamos.

El cáncer ha progresado ya tanto y el deterioro de la biosfera es tan grave, que acciones quirúrgicas decisivas y urgentes son necesarias para atajarlo. Pero sólo los propios humanos podrían ser capaces de llevar a cabo este cambio de rumbo. No sólo somos la enfermedad de la biosfera; también so-

mos su único posible remedio. En nuestro tiempo la biosfera está sufriendo los continuos golpes y agresiones de una humanidad en proliferación explosiva y en borrachera destructiva, pero, a la vez, la biosfera está despertándose a la conciencia en nuestros cerebros. En estos momentos hay una carrera entre la creciente destrucción y la creciente conciencia de la biosfera. Del resultado de esta carrera depende nuestro destino y el de la vida en nuestro planeta. En cualquier caso, y nos guste o no, la evolución biológica y la cultural nos han conducido a la actual encrucijada. En nuestras manos está asumir nuestro papel de guardianes lúcidos de la biosfera, o abdicar de nuestra responsabilidad y asistir como testigos borrachos al desastre que nosotros mismos estamos provocando. El día en que la mayor parte de los humanos haya alcanzado el nivel ecológico de la conciencia moral, la destrucción de la biosfera cesará. Ese día probablemente llegará. El peligro es que cuando llegue ya sea demasiado tarde.

Todos los animales navegamos por el espacio en la nave Tierra, compañeros todos de viaje, de fatigas y emociones, linaje bendecido y abrumado por nuestra capacidad compartida de sentir, gozar y sufrir. No hay otros compañeros. No hay otros seres a los que mirar a los ojos. No hay otros ojos. Animales entre animales, gozosamente asumimos nuestra vida y nuestra animalidad. No nos autoengañemos. No nos forjemos consuelos ilusorios. No renunciemos a descubrir ni a entender. No reprimamos nuestro afecto por las criaturas. Nuestra curiosidad y nuestra simpatía se extienden por doquier. No pongamos fronteras a nuestra ansia de conocer, ni diques a nuestra ansia de amar. Sintámonos a gusto en nuestra propia piel, inmersos en la corriente de la vida y en gozosa comunión con el universo entero. Somos epifenómenos de la biosfera, olas en un mar cósmico y vital que nos sobrepasa, del que venimos y al que retornaremos. En la lucidez incandescente de la conciencia cósmica se esconde la promesa de la armonía, la sabiduría y la felicidad.

*Instituto de Filosofía, CSIC
C/ Pinar 25, E-28006 Madrid
E-mail: mosterin@ifs.csic.es*